



Año VI.—NUM. 338

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

31 de octubre de 1935

UN LADRÓN MUY OPORTUNO



Antonio, un huérfano acrobata del circo Smith, ha sido raptado por su antiguo tutor Bepo en un barco. Allí encuentra a un muchacho que cae al mar y Antonio se arroja a salvarlo.

COMPANEROS DE CIRCO



No tardó en divisarse la anunciada embarcación del gobierno, y a poco una lancha destacada de él, conduciendo a Joey y a dos agentes atracaba al costado del barco en que Antonio había estado secuestrado hasta pocos momentos antes.



El oficial que salió a recibirlos regresó a dar cuenta al capitán, al que acompañaba Bepo, de los propósitos que los recién llegados le habían comunicado de buscar en el barco al muchacho desaparecido y de registrar para ello todas las dependencias.



El capitán se adelantó a recibir al agente y a Joey con la más afectada consideración, asegurándoles que en su embarcación no se tenía noticia de tal muchacho y aviniéndose a cualquier registro.



No obstante, los agentes, acompañados de Joey, registraron minuciosamente el barco todo, sin encontrar, naturalmente, rastro alguno de Antonio. Visto lo cual, decidieron regresar a su embarcación.



Apenas se hubieron alejado se reunieron el capitán, el oficial y Bepo, con enorme ansiedad, preguntándose perplejos dónde podría haberse escondido el muchacho tan bien que ni ellos mismos le encontraban por ninguna parte.



Y sin poder hallar explicación satisfactoria al enigma, se pusieron a registrar por su cuenta todos los escondrijos de la embarcación—ellos que la conocían tan bien—, con el resultado negativo que se puede suponer, sabiendo la verdad de lo ocurrido.

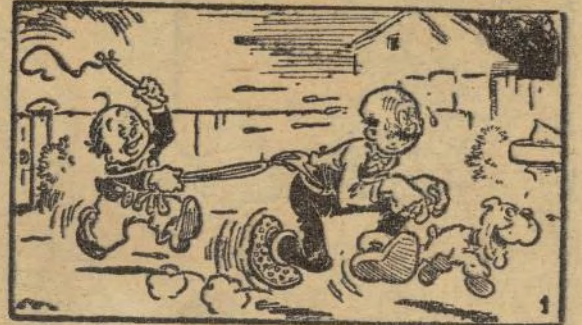


Entre tanto los dos muchachos eran juguete de las olas y Antonio, rendido ya de sostener a flote a su compañero, sentía flaquear sus brazos y sus piernas, cuando de pronto oyó un ruido cercano. La esperanza volvió a nacer en su pecho.



Era una pequeña embarcación pesquera cuyos tripulantes habían divisado a los naufragos y se acercaban presurosos. Los buenos pescadores lanzaron un salvavidas y luego izaron a bordo a los exhaustos muchachos. (Continuará.)

DON BONIFACIO Y MANOLIN



Don Bonifacio, que es capaz de todo con tal de distraer a Manolín, se aviene gustoso a hacer el caballo y trotar de lo lindo.



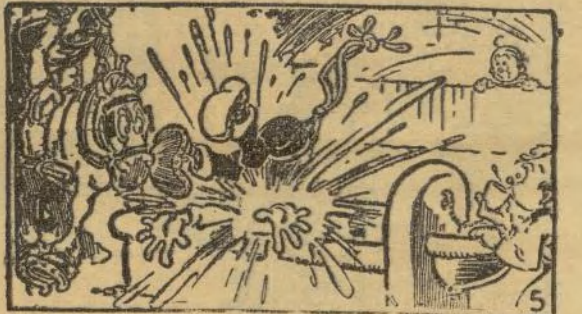
Fatigados de tanto correr, Manolín y don "Boni" deciden descansar un ratito, y mientras éste se limpia el sudor, aquél ata el ramal.



Cuando ya don Bonifacio había reposado, sintió con más entusiasmo su deseo de jugar con Manolín y salió corriendo velozmente.

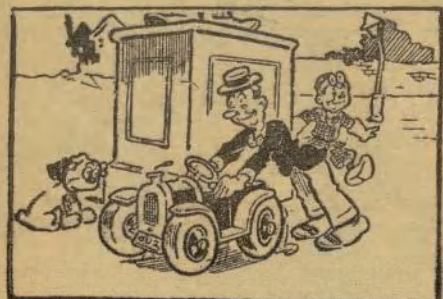


Pero pronto cesó en su alegre corretear, pues la elasticidad de los tirantes le hizo retroceder con tal fuerza que ya veis el saltito...

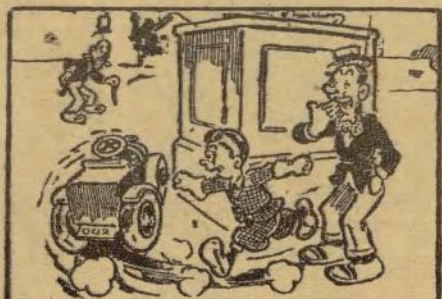


...que dió. Y después de un magnífico vuelo, don Bonifacio fué a dar con sus huesos en un abrevadero, cual correspondía a su papel de caballo.

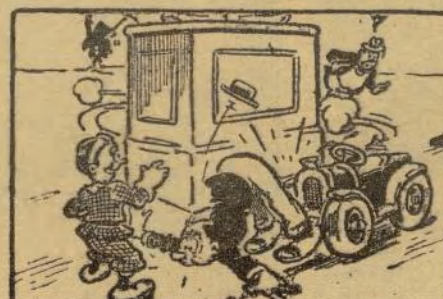
ANDANZAS DE TORCUATITO CON SU COCHE CHIQUITITO



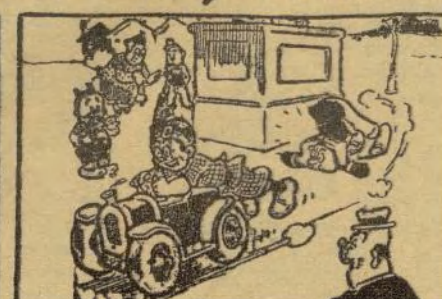
Aprovechando la ausencia de Torcuatito, un pollo, que parece idiota pero que lo es, pone en marcha el diminuto automóvil del chiquillo.



Cuando Torcuatito llegó dispuesto a emprender el viaje, se encontró con que el coche había salido ya pitando, ante el regocijo del pollo idiota.



Pero el pequeño automóvil siente demasiado cariño hacia su dueño para abandonarle; así es que supo tomarse venganza del risueño pollo.



Y mientras Torcuatito recupera su simpático vehículo y se agarra al volante, en medio de la risa de todos, el pollo se queda "oliendo el asfaltado".



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano que presta sus servicios en el castillo del señor Gale, con cuya sobrina Margarita está en inteligencia para descifrar los misterios del castillo, relacionados con cierta banda de contrabandistas a la que sospechan que presta ayuda Juana el ama de llaves. Cierta día descubre en el despacho del señor Gale un armario secreto, y en él una túnica negra y un revólver.



El hallazgo en el armario secreto de aquella túnica y de aquel revólver, que sin duda eran los que usaba el misterioso encapuchado, produjeron en el ánimo de Martin gran confusión y sobresalto.



Fijándose luego particularmente en el revólver, advirtió que le faltaba un solo cartucho: "Indudablemente es el que el enmascarado disparó en el despacho contra la lámpara. En esto oyó que Juana le llamaba.



Instintivamente comprendió que no le convenía dar cuenta a Juana de su hallazgo. Por eso se apresuró a dejar de nuevo los objetos donde antes estaban, y a contestar al ama de llaves: "¡Voy en seguida!"



Con el aliento entrecortado se presentó Martin en la cocina a recibir órdenes. Juana le esperaba con su acostumbrado talante desabrido y le preguntó en tono de reproche: "¿Qué estabas haciendo, holgazán? El señor Gale desea hablarte y está esperándote."



"Voy al momento a ver qué desea"—respondió Martin solícito—. "He estado precisamente limpiando su despacho hasta que usted me ha llamado." La gruñona mujer no dulcificó su tono. "Vete, pues, en seguida a ver qué desea. Creo que es algo referente a ese encapuchado..."



Aquella indiferente alusión al misterioso personaje en labios de aquella mujer, de quien Martin sospechaba vehementemente que estuviese complicada con la banda de contrabandistas, dejó perplejo al muchacho. ¿Cómo era posible tanto disimulo y cinismo? ¿Y qué desearía saber el señor Gale sobre el enmascarado?



Martin llegó al despacho de su amo y se acercó a él. El propietario del castillo le salió al encuentro y le dijo: "Escucha, Martin: He decidido llamar a la Policía para que ponga en claro los misterios que aquí ocurren; pero antes quiero que me reveles tu secreto."



"¿Mi secreto?"—replicó Martin extrañamente sorprendido—. "Sí, tu secreto"—repitió el señor Gale—. "Me refiero a esa entrada secreta que tú conoces para llegar a las galerías subterráneas de que me has hablado. Cuando me lo reveles avisaré a la Policía."



Con el mejor deseo Martin condujo a su señor hasta la boca del pozo que se abría fuera de las tapias del castillo, y dijo a su amo: "Aquí es: Esta es la entrada." "Pasa primero tú que conoces el camino"—repuso el señor Gale haciendo señas a dos personas emboscadas allí cerca.

¿Quiénes eran esos emboscados y por qué les hacía señas el señor Gale? En el emocionante episodio del jueves próximo lo sabrás

La granada de Perlas

CUENTO

(Conclusión)

Solo y sin armas prosiguió el príncipe su viaje. Los pies le sangraban, desgarrados por las piedras del camino; mas el valeroso joven proseguía su marcha dispuesto a llegar al castillo, o morir. El cansancio y el hambre le hicieron desfallecer y fué recogido por un leñador, que a cambio de otra perla de la granada maravillosa le proporcionó albergue y comida.

Al día siguiente se despidió el príncipe, y el buen hombre le indicó la dirección del castillo, donde lloraba la princesita, que yacía encantada por un genio malo, enemigo de la felicidad, y confiada a la custodia de unos enormes gigantes negros y de un dragón de pupilas llameantes y aliento emponzoñado.

Una clara mañana divisó a lo lejos las torres del castillo, resplandecientes de arcos iris, como talladas en fabulosos diamantes. A pesar de encontrarse sin armas, solo y fatigado, no se arredró su ánimo y luchó con los dos gigantes que custodiaban el puente levadizo, y tal era la pujanza de su brazo y la ansiedad de su deseo, que los



monstruos de basalto fueron cayendo, uno tras otro, a sus plantas retorciéndose de dolor, estrangulados por sus manos.

Armóse con los despojos de los vencidos, y al llegar uno de los gigantes guardianes que guardaban a la princesa, vomitando fuego por los ojos y por las fauces abiertas, le hundió una lanza en el corazón.

Rompióse el encanto: los muros se poblaron de bizarros guerreros, los patios del castillo de gente alborozada, y la princesa, al frente de una larga comitiva de damas y de dueñas y de un fastuoso cortejo de caballeros, de pajes y de bufones, salió toda resplandeciente de joyas nupciales.

Entre sus manos, de una pureza de lirios, estrechaba sobre su corazón un pequeño cofre de sándalo y marfil, tachonado de piedras preciosas, con la otra media granada de oro y de perlas, que al fundirse con la del príncipe había de darles a los dos la felicidad.

Pero todo fué inútil: al juntar las dos mitades no pudieron confundirse, porque sus ranuras no encajaban, pues había perdido el príncipe muchos de sus granos en las andanzas del camino, y la rapacidad del dragón que encantara a la princesa le había robado

a la de ésta algunos trozos, que intentaron buscar inútilmente.

Y aun hoy día los dos, separados, por distintos caminos, andan queriendo recuperar, a costa de su sangre, las perlas y los trozos de oro que su generosidad y su desgracia habían ido esparciendo por la vida.

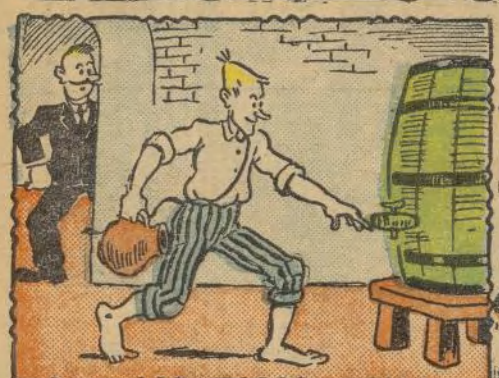
Y así seguirán eternamente, buscando siempre y sin encontrarse nunca. Y es que el error de aquellos príncipes fué el poner su felicidad en aque-



lla joya material, porque la felicidad sólo la proporcionan las buenas obras y el amor de Dios, que debe ser en donde los hombres busquen la dicha y el honrado reposo.

FIN

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla se ha colocado en una bodega, y el dueño le ha prohibido que pruebe ni una gota de vino. Esta



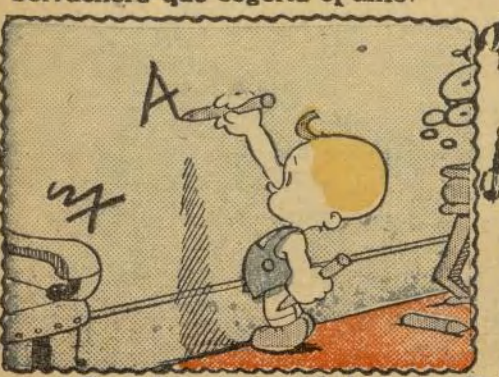
prohibición le despertó a Cascarilla el deseo de beber y se dirigió a una cuba dispuesto a coger una borrache-



ra; pero el dueño, que se dió cuenta, le siguió, y, cogiéndole de un brazo, le dió un tirón; pero Cascarilla, que

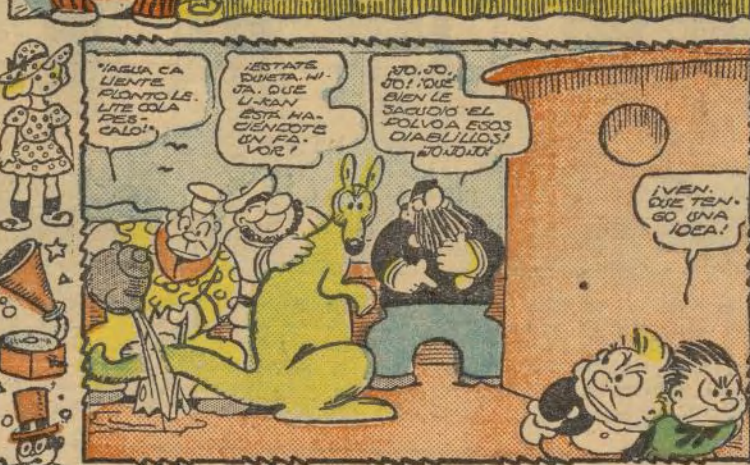


estaba agarrado a la espita, arrancó ésta y salió el vino despedido, poniendo al amo hecho una sopa. ¡Vaya borrachera que cogería el amo!



—Cuando venga mi hermanito Tabrete, se dará una gran sorpresa al ver lo bien que he lejado todas las paleas pintalatas con letras muy bonitas.

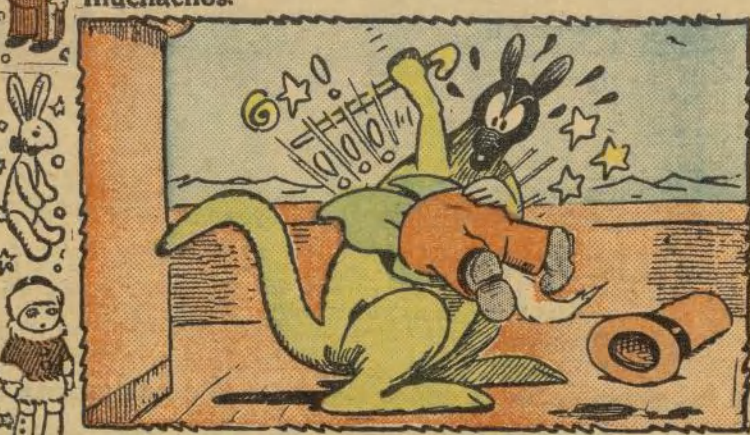
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Después de la tragedia, el capitán Chito mandó llamar al cocinero para que, con agua caliente, desengomase la cola del pobre Sopapo, mientras los pilluelos marchaban de allí, con las retaguardias bien coloraditas y sopapeaditas.



Y cuando Sopapo, muy ufano, se disponía a dar las gracias, Perdigon le largó al físico todo el contenido de una jeringa monumental, que previamente había llenado de tinta, con gran regocijo de los muchachos.



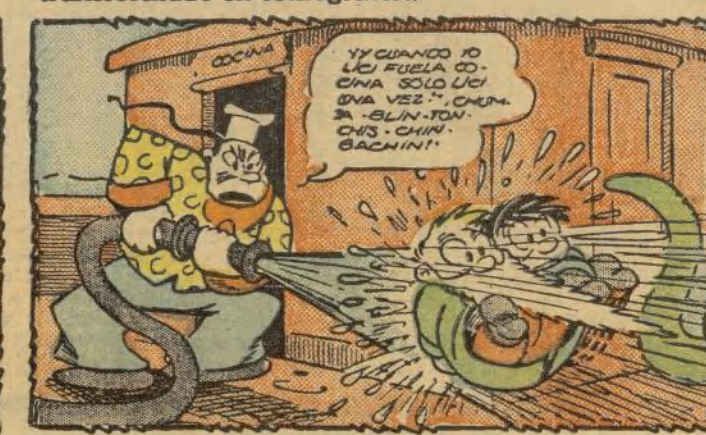
Después de los tirones y de unos cuantos directos hacia la boca del estómago, Sopapo agarró al inspector, y, quitándole la garrota y metiéndole la coquera en su bolsa, comenzó a sacudirle estopa a una velocidad de ametralladora.



Pero en el ánimo de los dos hermanitos habían surgido fieras intenciones y terribles propósitos de venganza, comenzando al instante a poner en práctica un plan con más mala idea que insultar a un primo segundo.



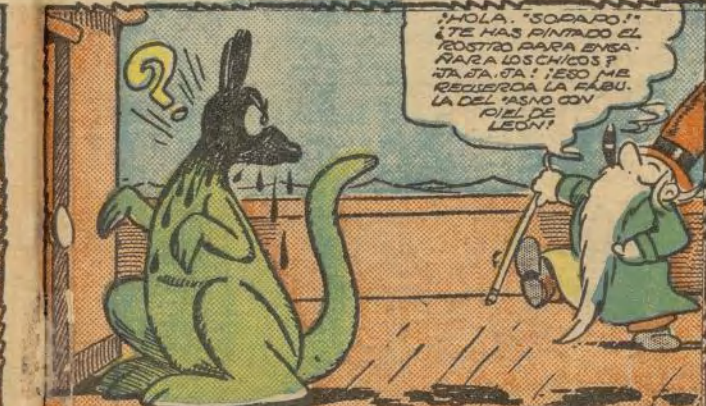
Sopapo comenzó a verlo todo negro, y a renegar, y a maldecir, no de los pilluelos, a los que juzgaba inocentes, sino de aquel taimado, cobarde, traicionero, de Barba-Cana, que tan alevosamente le había transformado en estilográfica.



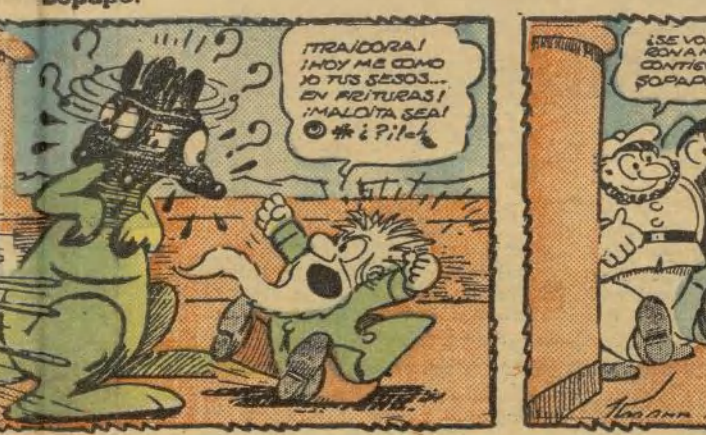
Medio asfixiado, torturado, vapuleado, apaleado, mosqueado y fatigado, el pobre Barba-Cana cayó destrozado sobre el entarimado, en el preciso momento en que el cocinero expulsaba de sus dominios, acuática y violentamente, a los malditos pillue-



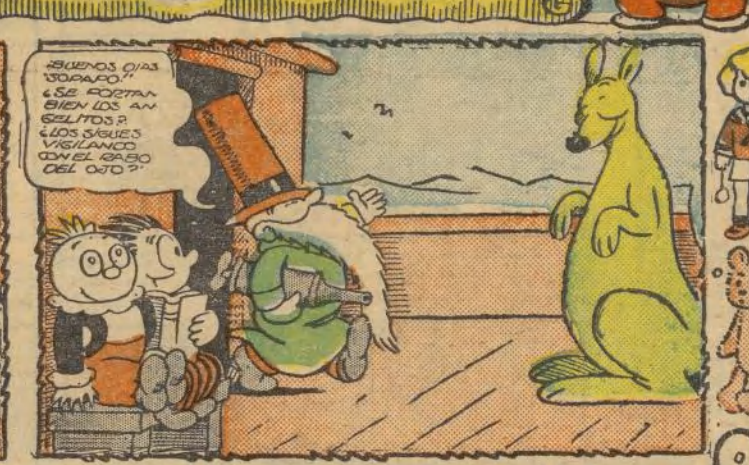
Tarugo entró a disfrazarse de Barba-Cana, mientras Perdigon, con un muñeco de trapo, engañaba al vigilante canguro, que no se apercebía de que le estaban tomando el flequillo aquellos dos piratas, más terribles que una inundación.



Y cuando en su corazón de canguro comenzaba a germinar la idea de buscar al inspector y patearle el cráneo, quiso la mala fortuna del desdichado hombrecito que sus pasos le llevaran junto al enfurecido Sopapo.



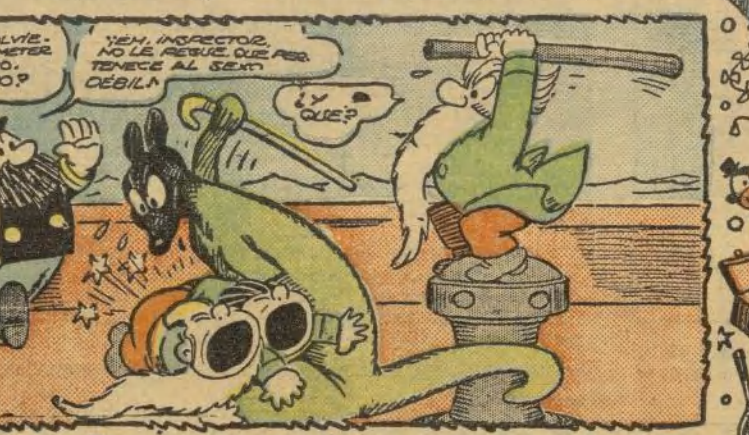
los, que allí se habían refugiado, con gran asombro del pobre Sopapo, que comenzó a ver diáfano, claro y transparente, el engaño en que había caído y la injusticia cometida con el desventurado inspector.



El pobre Sopapo, ignorante del nublado que se le venía encima, seguía en su tarea de vigilancia, y saludó muy fino a Tarugo, tomándole por el inspector: "Caramaba, Sopapo, me alegro de verte bueno, sano y robustote."



Ver el canguro a Barba-Cana y derramarse los dos cubos de bilis fué todo uno, y dando un alarido comanche se lanzó sobre el inspector, y agarrándole por la barba, se puso a tirar de ella como si llamara en la campanilla de una casa de sordomudos.

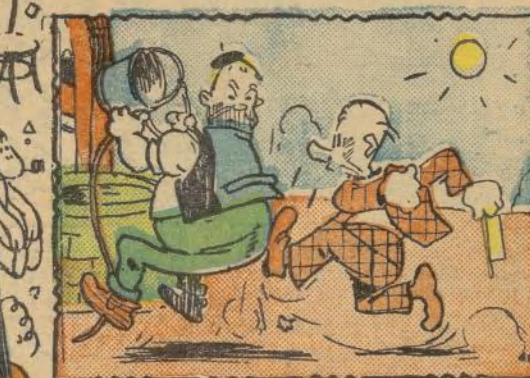


Pero un minuto, doce segundos y tres quintos después, los pilluelos comenzaban a sentir en la terminación de sus espaldas el reflejo de la furia del canguro, que iba también a recibir un "cariñoso saludo" de Barba-Cana. (Continuará)

REPOLLO CARA DE BOLLO



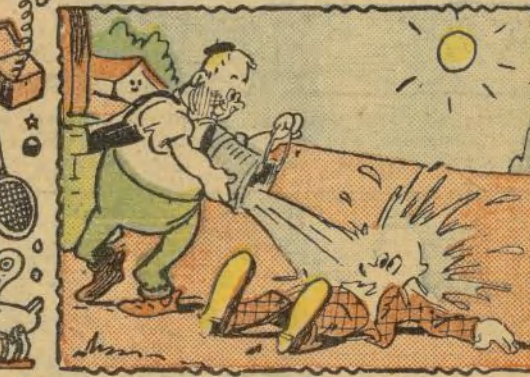
Una tarde calurosa salió Repollo de paseo y le empezó a apretar la sed de una manera terrible. En esto pasó



por una huerta donde vió a un hombre que se disponía a sacar agua de un pozo. Repollo pidió al hombre que



le diese agua, pero éste, que era sordo, no le hizo caso, y Repollo, indignado, le dió al sordo un fuerte punta-

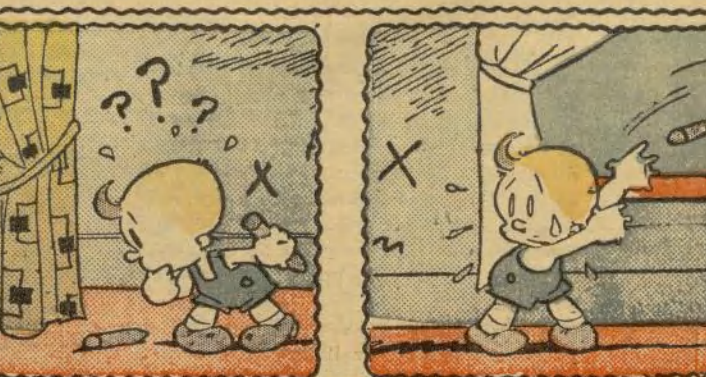


pié. El impulso de la patada hizo que el hombre lanzase el cubo hacia atrás, dando en las narices de Repollo, al que hubo que reanimar con agua fría.

Risa para la semana con "Carrete Porcelana"



—Pero que has hecho, criminal? Cuando papá venga y vea la catástrofe que has hecho, te va a colgar de la cuerda de la ropa sucia, so... Murillo.



—¡Ay, qué mielo tengo de que me colguen de la cuerda de la ropa sucia! ¡Ay, que ya no quiero pintalata! ¡Ay, que me van a lialar! ¡Ay, qué golpes me van a dar!



—¡Lilale los lapiceros y dilé que las letlas se pintalon ellas solas. ¡Ay, cuando me den la plimela bofetala! ¡Ay, mi calita, que me la van a estopear! ¡Ay!



—He tuvido una ilea genial. ¡Como que tengo mucho genio, pos así tenía que ser la ilea! Este álbum de fotografías va a salvarme las narices de la quema.

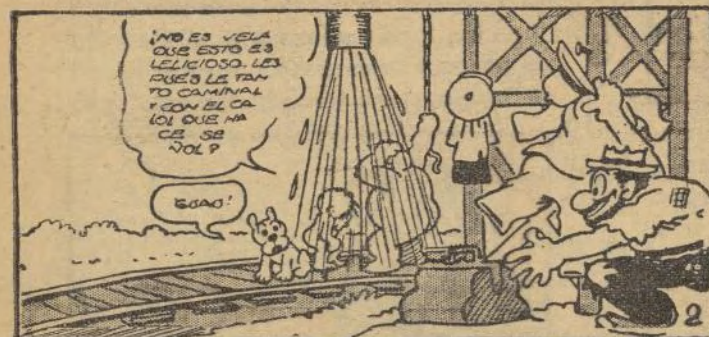


—¡Angelito de todo mi corazón! ¡Pero has visto qué niño tan cariñoso y tan bueno? ¡Es un ángel! ¡No se parece a Tarrete! ¡Ha colgado todas nuestras "fotos" para recordarnos!

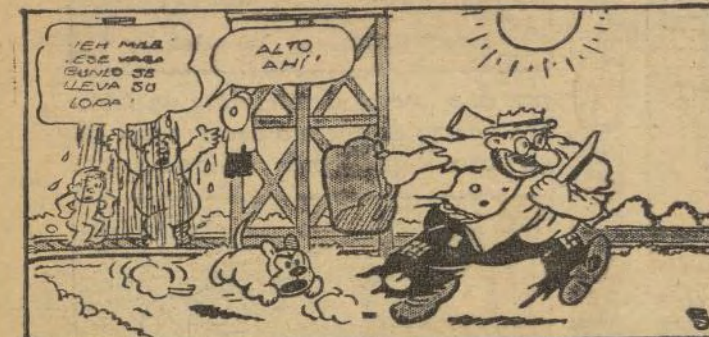
EL DON SIMPLÓN Y DINAMITA



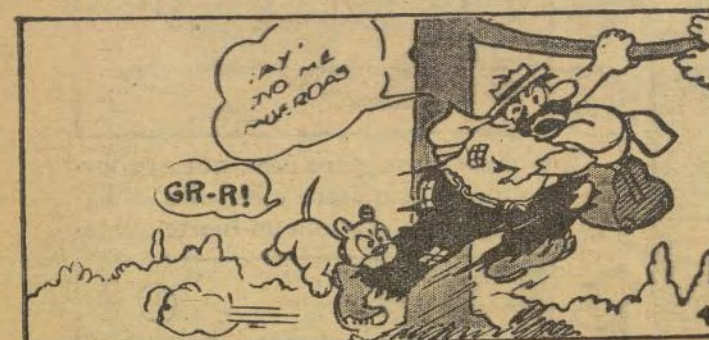
—¡Qué bien que se está aquí, eh, don Simplón! Qué flesquita y qué liquita está el agüita! Ay, qué bien lo estamos pasando después de aquí calor tan glande.



—¡Je, je, je! Pobres infelices que han dejado su ropa abandonada. No saben ellos que por aquí anda menda, que es el amo de estos contornos, y no tolero intromisiones.



—Socolo, don Simplón. Un hombre se leva la lopa de nosotros. Ahí va, qué lisa, Basilisa. Nos ha lejalo como a nuestro señor padre alán. ¡Ay mi traje nuevo!



—¡Quieta, so fiera! ¡Suéltame esa pierna o te despedazo! ¡Mal dita sea tu estampa, so perra! ¡Que me sueltes! ¡Me va a romper un tobillo esta fiera de perra!



—Anda, hermosa, llévate el pantalón, que vas bien servida. ¡Verás, verás qué ejército de chinches tendréis dentro de poco! ¡Que te aproveche, amiguita!



—Mile, mile, ya le tlac un pantalón Dinamita. Ahí va qué lisa, le van a sacar otras siete multas; ahí va qué... "¡Ahí va qué tortazo te voy a dar como no te calles, niño!"

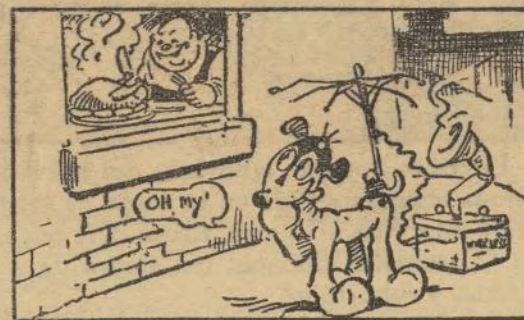
EL PERRITO VAGABUNDO



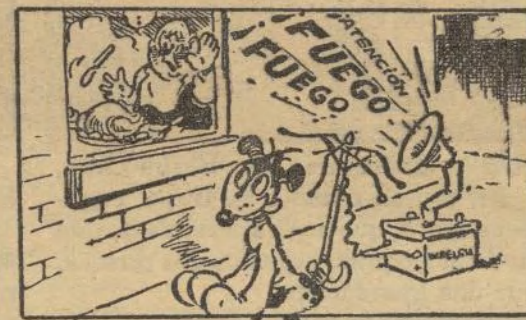
El perrito Pelanas ha caído en poder de unos pillastres que le quieren utilizar como antena para su "radio".



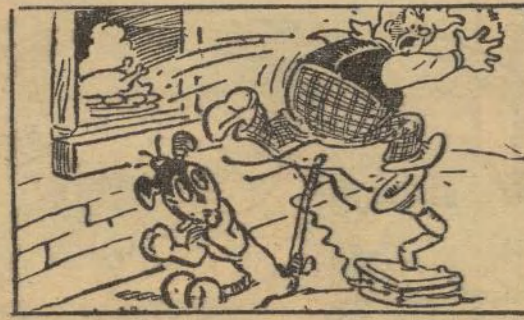
Pero el perrito se siente de pronto retozón y sale corriendo a toda mecha, seguido del pintoresco aparato de "radio".



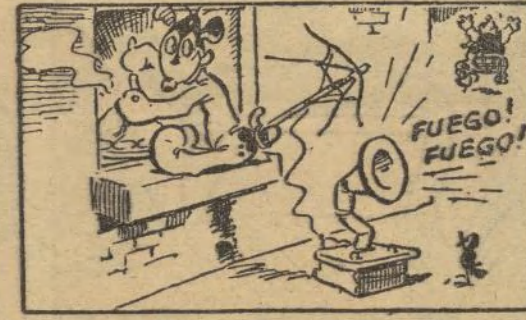
Pronto cesó en su carrera; tan pronto como llegó a una ventana, que ofrecía el bellissimo cuadro que véis.



De pronto la bocina lanzó el grito de ¡fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! Era una escena del melodrama que estaban radiando.

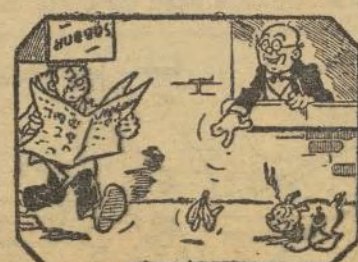


Pero el cocinero creyó que las llamas empezaban ya a envolverle y emprendió una vertiginosa huida.



Cosa que vino al "Pelanas" de perilla, pues ya os podéis figurar cómo se puso de pollo asado con la mayor tranquilidad.

BURLADOR BURLADO



A pesar de su respetable calva, don Pepe es un bromista. Vedle poniendo una cáscara de plátano...



...al paso del chico repartidor de huevos, que da un tremendo resbalón y cae al suelo con caja y todo.



Y cuando los huevos se han convertido en tortilla le comunican a don Pepe que la caja era para él...

HOY JUEVES, a las 6,30, en el

Teatro Ideal

Se estrena esta maravillosa obra infantil, que subyugará a los niños y deleitará a los mayores

MORAL. AMENO. DIVERTIDO

Un espectáculo presentado en un alarde de lujo y buen gusto. Una aventura prodigiosa en un país de maravilla

RISA. EMOCION. INTERES

Reserve sus localidades

TELEFONO 11203

Regalo de juguetes



TODOS AL
TEATRO IDEAL
COMPAÑIA SAGI VELA

Ayuntamiento de Madrid **A ver a JEROMIN y a REPOLLO**



LOS CABALLEROS DE LA PRADERA

Resumen de lo publicado.—Los caballeros de la pradera mientras persiguen a la banda de Pete el Mejicano, que había raptado al padre de la señorita Betty, tienen necesidad de atravesar un barranco, sobre un puente de troncos de árbol, uno de cuyos extremos está ya ardiendo.



Con un grito de horror, los tres caballeros se precipitan en el fondo del barranco, por donde discurría un impetuoso torrente, que arrastró el puente hundido bajo su peso. "¡Nos la han jugado de puño!"—rugió Buster—. Y los tres, mien-



tras desaparecían en la hirviente espuma producida por sus caballos, que se debatían furiosamente a su lado, oyeron todavía la risita de burla y de triunfo de Pete, que observaba cuanto ocurría desde la espesura. "¡Valor, amigos!"—gritó



Bob, antes que el agua le cubriera. Cuando pocos segundos después reapareció, vió cómo sus dos compañeros habían logrado sujetar y tener en alto las cabezas de sus caballos "¡Alegraos!"—gritaba Buster—. De paso veremos quién nada me-



jor!" Bob saltó sobre su caballo, que nadaba junto a él. Los otros le imitaron y el torrente fué atravesado en un momento. Al salir Bob del agua, se lanzó por el sendero pedregoso que había junto a la orilla. Los otros dos le siguieron. "¿Están to-



davía a la vista esos canallas?"—preguntó Buster, que cerraba la marcha—. Bob sacudió la cabeza y prosiguió su camino. Cuando alcanzó la cima del barranco se detuvo y los compañeros le vieron que avizoraba el terreno. "¿Nadie a la vista?"—re-



pitó Buster—. ¡Bah, bah! ¡Dada la naturaleza del terreno, creo que no nos será tan fácil el encontrarlos!" Bob, que estudiaba el sendero, lo aprobó. "¡Temo que tengas razón, Buster!"—dijo—. ¡Todavía tengo esperanza!..." Se interrumpió brus-



camente. Un "tomahawk", después de pasar silbando por su oreja, había ido a clavarse en un árbol detrás de él. "¡De buena te has escapado, Bob!"—le gritó Buster—. ¡Ese regalo lo han enviado de allí!—añadió, indicando unas rocas—. ¡Y allí



está el asesino que lo ha lanzado!"—intervino Buck, poniendo su caballo al galope, en la dirección en que había visto salir a un indio, que parecía que intentase esconderse en cualquier agujero del terreno. También Bob y Buster habían



visto al indio, que lanzaba a un galope frenético a su caballo salvaje, y salieron tras Buck, animándolo con sus poderosos gritos. Este había echado mano al revólver, y ¡crac!, ¡crac!, sus disparos resonaban en el desfiladero en el que se



había metido el indio, al que perseguía. Muy pronto Bob y Buster llevaron a Buck el socorro de sus revólveres y la caza se hizo más encarnizada: el indio resistía todavía aquella carrera fantástica.



De pronto le voló de la cabeza el adorno de plumas y cayó desplomado como muerto, al suelo. En aquél momento, de los dos lados de la garganta rocosa crepitaron los fusiles y lanzaron so-

bre nuestros caballeros una verdadera granizada de proyectiles. ¡Habían caído en una emboscada! El indio que acaba de caer los había traído hasta ella. (Continuará.)

¿Podrán escapar los caballeros de la pradera? Leed el próximo jueves la continuación de esta emocionante novela.

ANDANAS DEL GATO FELIX



El señor Vallejo quería irse aquella noche de juergueta, pero la señora de Vallejo era una señora de grueso calibre, que, cuando se disparaba, era más terrible que un obús del 42 y más fiera que siete leones amaestrados.



Y sin que al señor Vallejo le valiesen disculpas, la señora cogió por el cervigullo a su bello esposo, le dió tres patadas en un vacío hasta que se lo llenó, y le dejó encerrado en su cuarto y con amenaza de lesiones graves.



El señor Vallejo primero renegó de lo lindo, después rompió tres cuadros, una lámpara y el pisapapeles. Más tarde prometió fracturar un brazo a su señora, y por último se quedó dormido, que era la solución más cómoda que podía adoptar.



Y allí le sorprendió desde el país de los sueños nuestro simpaticote gato Félix, que, con aquel corazón tan grande y tan hermoso, que parecía el monasterio de El Escorial, se apiadó al punto del señor Vallejo y prometió darle satisfacción.



El señor Vallejo fué traído al país del hada Inmaculada, y Félix, al momento, le salió al encuentro, le estrechó la garra, le pasó el rabéque por las narices, y quedaron íntimos y entrañables camaradas para toda la vida.



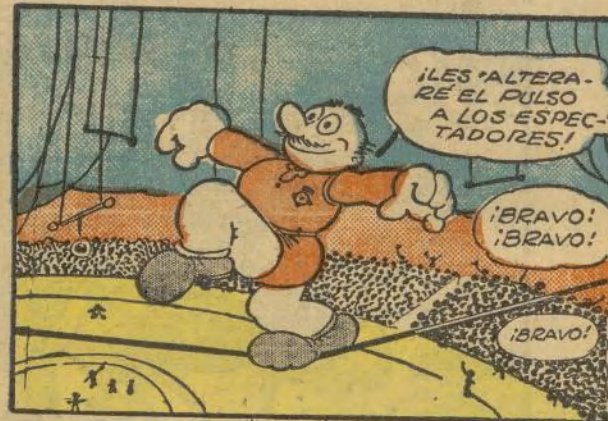
Félix comenzó a hablar al señor Vallejo mal de su señora, y el señor Vallejo, emocionadísimo, quedó convencido de que aquel gato era algo grande en la historia felina, y juntos, alegres y contentos, se dirigieron al circo ecuestre.



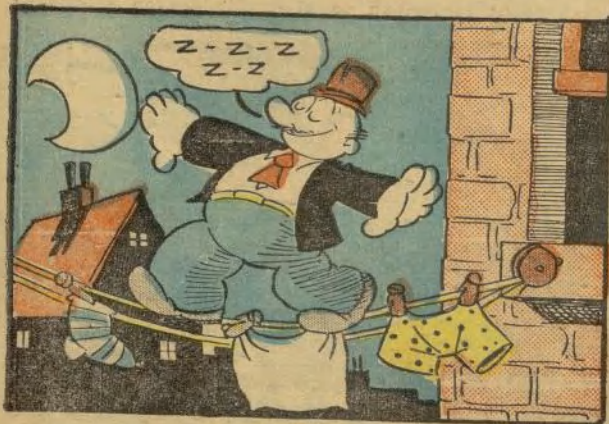
Y cuál no sería la sorpresa del señor Vallejo al oír de boca del jefe de la pista que el señor Vallejo iba a ser la atracción principal aquella noche y el héroe del alambre, del trapecio y de la aguja de gancho.



El señor Vallejo se mosqueó unas miasas al oír aquello de que tenía que andar por el alambre; pero Félix le convenció de que no se preocupara, pues había imantado las botas del señor Vallejo y éste no se caería ni aunque le empujasen.



Seguro de lo que su amigo le decía, el señor Vallejo comenzó a deslizarse por el alambre con la elegancia de una gaviota y la distinción de un pato. Y en mitad de su recorrido se marcó unas sevillanas, para dar más emoción.



Pero el señor Vallejo, siempre en sueño, quedó condenado a caminar siempre por alambres y alambres, y de esta manera se vistió, salió del circo por el alambre de tender la ropa y se dispuso a darse el morrón.



El morrón vino bien pronto. El alambre terminaba en un poste, y en el poste se dejó el señor Vallejo siete pelos de su nariz y siete centímetros de pellejo de espinilla; pero aquello le despertó y vió que estaba en la calle.



"Yo le saqué de su cuarto—exclamó Félix conmovido—; gracias a mí ya entró en el club y se libró de las garras de aquella señora, que más que señora era una pantera. En fin, otra buena acción que me apunte desde el país de los sueños".

(Continuará.)